

LA EDUCACION CATOLICA POSTCONCILIAR

A. R. Sánchez del Nozal, S. I.

La importancia de la enseñanza católica es incuestionable. La declaración sobre la educación cristiana de la juventud es una prueba de ello. Pero el problema no ha conseguido suficiente madurez en esta etapa de renovación que ha iniciado el Concilio Vaticano II. Por eso una de las cinco comisiones postconciliares es la de la enseñanza católica. El Concilio ha señalado unos principios que la comisión especial desarrollará más ampliamente. (Declaración sobre la educación cristiana de la juventud n.º 1).

Los padres católicos tienen obligación de enviar sus hijos a las escuelas católicas de toda clase (n. 8). La escuela católica tiene una gran amplitud que se extiende desde la escuela primaria elemental hasta los estudios superiores universitarios, pasando por las escuelas media y técnica. La necesidad de las escuelas católicas es una consecuencia del testimonio de la Iglesia que debe formar y unificar la personalidad juvenil por medio de la fe, al mismo tiempo que debe dar una concepción de la vida y de la ciencia orientada en el sentido de la fe cristiana.

El Concilio también insiste en la necesidad de vocaciones para la enseñanza entre los jóvenes, y agradece a los sacerdotes, religiosos, maestros, etc., su entrega a esta labor, que "requiere dotes especiales de alma y de corazón, una preparación diligentísima y una prontitud constante para renovarse y adaptarse". (n. 5).

El tema de la escuela católica sigue debatiéndose después del Concilio. Las dificultades que se exponen siguen siendo las mismas. Por una parte se niega la conveniencia de la escuela confesional como es la católica y se confunde formación neutra con formación en la fe libre. Por otra se recalca la acusación, tan extendida, de la dedicación exclusiva a una clase social, los ricos, en la mayoría de las escuelas católicas. Esta dificultad, admitida, pediría una planificación más abierta. Pero llevada a sus últimas consecuencias exigiría apartar de este ministerio de la enseñanza muchas fuerzas que podrían ocuparse en otros campos de apostolado trabajando con personas adultas. Marginalmente se insinúa que realmente la enseñanza no es una labor plenamente sacerdotal y que habría que abandonarla en manos de laicos especializados. Todo esto demuestra que

la escuela católica sigue preocupando y que aun aquellos que no se sienten íntimamente ligados a ella, están dispuestos a colaborar con sus sugerencias y críticas constructivas a su renovación y autenticidad.

Vamos a recoger algunos testimonios de distintas personalidades relevantes de la Iglesia de hoy en orden a este tema.

1.—Monseñor Garrone, en marzo último, días antes de abandonar su diócesis de Toulouse para hacerse cargo de la prefectura de la Congregación de Seminarios y Universidades, escribió dos artículos de los que resumimos y copiamos algunos párrafos. Monseñor Garrone insiste en la escuela católica como institución. La Iglesia misma es una institución. “Lo divino ha sido introducido en la carne, en lo humano en el pleno sentido de la palabra, en el hombre individual y social, en la historia”. La Iglesia es el resultado de la Encarnación del Verbo, y debe manifestar a Dios por medio de las realidades humanas. La educación religiosa, obligación primordial de la Iglesia, está íntimamente ligada a la educación de la persona. La orientación, finalidad y unificación de la persona “natural” no puede hacerse al margen de la vida divina y del crecimiento de Dios en el alma del niño y del adolescente.

Hay que estar libre de prejuicios a favor o en contra al leer el texto conciliar. La reflexión del concilio es distinta a la tradicional. No se habla de educación cristiana sino de escuela católica. El punto de partida es el derecho del niño y del adolescente a la educación y no el derecho de la Iglesia a enseñar. Solamente desde la perspectiva del niño y de sus derechos se puede plantear el diálogo. Y si la Iglesia no consiente en abandonar la idea de la escuela católica se debe a que la educación del niño tiene sentido en este contexto y no en otro. La escuela es un medio para el fin y no un fin en sí mismo.

Planteadas la cuestión de esta manera, es necesario puntualizar qué es la educación del niño y en especial la educación religiosa. En esta educación religiosa, que consiste en llevar al conocimiento de Cristo, en la preparación del acceso a la fe y en las condiciones en que este mensaje puede ser comprendido, se imponen dos principios:

—La iniciación de Dios no sigue las leyes de las demás disciplinas y asignaturas. Dios no es un objeto más de conocimiento, ni un término de amor entre los demás objetos de conocimiento y términos de amor. Pero no puede ser excluido de un conocimiento y un amor y por tanto de la educación correspondiente.

—El cuadro fundamental de la educación debida al niño es la familia. Aquí se puede enseñar el sentido de la vida y la conciencia del existir enraizado en el conocimiento y amor de Dios.

Monseñor Elchinger, obispo coadjutor de Estrasburgo, habla a los profesores católicos que trabajan en las escuelas públicas de Francia. Su alocución reúne ocho puntos de los que resumimos dos, los más apropiados a nuestro tema.

a) Los obispos desean que los numerosos católicos que se honran sirviendo a la enseñanza pública, se esfuercen por comprender y admi-

tir la importancia histórica de la escuela católica en Francia y su legitimidad en el mundo de hoy, allí donde es sociológicamente posible, pastoralmente deseable y positivamente deseada por los padres.

Podemos resumir estos dos testimonios, reunidos en este primer número, indicando que la legitimidad de la escuela católica va unida a la legitimidad de la Iglesia como Institución. Y su estructura viene determinada por la educación a que tiene derecho el niño y por los deseos de la familia cristiana de la que es complemento y ayuda.

2.—Reunimos en este segundo apartado el comunicado de los obispos alemanes reunidos el pasado marzo en Asamblea plenaria en Hofheim, y las palabras del Cardenal Léger, Arzobispo de Montreal, a la federación provincial de las escuelas católicas de Quebec, en abril.

Desde un punto de vista ecuménico los obispos alemanes se plantean el problema de la escuela católica. Una escuela confesional puede ser acusada de estrechez de espíritu en la hora ecuménica. Evidentemente, afirman los Obispos, los colegios católicos necesitan una gran renovación. Pero en la escuela no sólo se dan unos conocimientos, sino que se forma al hombre en su totalidad. Todos los elementos decisivos deben entrar en esa formación y la religión debe ser el alma de toda enseñanza. Esto no puede enseñarse más que en un colegio en el que todo se halle impregnado del espíritu de fe. La neutralización de las convicciones religiosas no inculcará en el corazón de los niños ni de los jóvenes el respeto a los que piensen de distinta manera que ellos. La actitud ecuménica sólo puede surgir de un profundo conocimiento de la fe.

El Cardenal Léger insiste en que la confesionalidad católica no es una oposición a la pluralidad ecuménica. Pues la conciencia de una auténtica fe es el mejor principio del ecumenismo. Los colegios católicos no son centros donde se violenta la conciencia. Y, a pesar de la campaña pública llevada a cabo por distintos elementos, la Iglesia del Concilio nunca se ha planteado el problema de la legitimidad de la institución de la Iglesia Católica. Las fuerzas del testimonio individual, por sí mismas, no bastan en el mundo complejo y estructurado de hoy. Es necesario recurrir a las instituciones en las que se inculque el amor de la justicia en los corazones. La institución escolar debe ser dirigida por el Espíritu.

3.—Monseñor Cardijn, fundador de la JOC, escribe en Federal, boletín de la federación nacional de antiguos alumnos de las escuelas católicas de Francia, en enero pasado. "La desproletarización del mundo del trabajo no puede hacerse únicamente por mejoras materiales y reformas de estructuras; exige una educación que inculque a la clase obrera y ayude a la clase obrera a asumir las responsabilidades formidables que poseen en la preparación de una humanidad más feliz".

La escuela tiene una importancia especial porque la educación vendrá por la formación básica más que por el aprendizaje de asignaturas y disciplinas neutras. Esa formación de base les ayudará a dar una respuesta a los problemas esenciales de la vida y de la existencia, es decir, una concepción y mística de la vida. Esa educación y esa respuesta no puede ser indiferente ni neutra. Ha de ser positiva y constructiva para formar

hombres y no robots. "La importancia de la escuela cristiana" radica en esta educación. En el fondo hace a los educadores participar de la misión apostólica.

La enseñanza es necesaria para el mundo del trabajo. La escuela católica lejos de "desclasarse" enraíza más profundamente en el mundo obrero y ayuda a formar la levadura y el fermento. "Entre los jefes y líderes de que los obreros tienen necesidad, ocupan el primer lugar los educadores, tanto religiosos como laicos". Uno de los mayores crímenes contra los obreros es haber reducido a la miseria a los educadores cristianos y a sus familias; es haber querido reemplazar la escuela cristiana por la neutra. Los trabajadores deben unirse para resolver el problema de la escuela cristiana en la justicia y en la verdad.

4.—A continuación resumimos dos actuaciones que, aunque anteriores a la clausura del Concilio, por su cercanía, agosto y octubre de 1965, entran dentro de la línea conciliar. La primera es un comunicado del padre Arrupe, general de la Compañía de Jesús, a los padres que trabajan en los Colegios de la Compañía en Francia que se reunieron en Amiens en Agosto del año pasado. La otra es una alocución de Monseñor Brien, delegado en París para el mundo escolar y universitario, a los directores de colegios católicos de París. En estos comunicados se tratan dificultades más concretas y se da una línea de solución.

A) El P. Arrupe insiste en la labor plenamente sacerdotal de la enseñanza a pesar de los muchos interrogantes planteados por los que en otros ministerios se sienten abrumados por la magnitud y la cantidad del trabajo apostólico. Esta labor plenamente sacerdotal de la enseñanza exige un sacerdocio realmente vivido y que incorpore todos los valores humanos con el acto redentor de Cristo.

Se suele afirmar que otros ministerios son hoy más eficaces. "No lo pudo admitir —dice el P. Arrupe— porque no hay cosa más útil a la sociedad contemporánea que prepararle hombres de carácter y personalidades formadas, de que tanta necesidad tiene".

En cuanto a la acusación de que nuestros colegios se reservan exclusivamente a los ricos, el P. Arrupe acepta la objetividad parcial de este reproche e insiste en que son los educadores los que pueden poner remedio y deben esforzarse para que los colegios puedan admitir a cuantos sean capaces de aprovecharse de una sólida formación, prescindiendo de sus recursos económicos.

Es necesario formar la firmeza de carácter, la rectitud de juicio y sensibilidad, la apertura comunitaria, etc., de los jóvenes para conseguir una formación integral.

Hay que adaptar los colegios bajo dos condiciones:

—Ha de ser un colegio abierto: a la evolución de la Iglesia y del Concilio, a las transformaciones psicológicas, culturales y sociales del mundo de hoy.

—La eficacia de un colegio depende de su valor pedagógico. No se pueden tolerar en los colegios ni estudios mediocres, ni una educación mediana. En tal caso queda rebajado el valor apostólico del centro.

Con estas dos condiciones el P. Arrupe insiste en tres puntos de actualidad.

a) Los padres del colegio dan un testimonio del ideal jesuítico con el apostolado de los jóvenes y con el foco cultural que el colegio representa en la ciudad y región donde está enclavado.

b) La formación debe adaptarse lo más posible al mundo en el que nuestros hermanos van a desplegar más tarde su actividad. Un espíritu católico que supere los nacionalismos y se abra a todos los países más necesitados.

c) Hay que insistir en la colaboración de los seculares. Muchos profesores seculares quieren participar en la vida apostólica del colegio y deben tomar más responsabilidad en él. Hay que abandonar las funciones que son competencia de los colaboradores seculares.

B) Monseñor Brien centra su alocución en tres reproches hechos a los colegios católicos de París.

—El clericalismo. No se plantea el problema del sacerdocio en la enseñanza. Esto es incuestionable. Pero sí hay que insistir en la necesidad de que los profesores seculares intervengan en la educación y en la dirección del centro llevado por religiosos y sacerdotes.

El secolar, más dificultado para la educación por sus circunstancias, es un elemento necesario de la institución educacional al que se debe atender espiritualmente. Se les debe asistir también pedagógicamente, conforme a la importancia, de ninguna manera secundaria, de su labor. Por esa razón han de tener acceso a todos los consejos de educación y de dirección del colegio, por sí mismos o por medio de representaciones del cuerpo educacional secolar.

—Se busca más la asiduidad que la iniciativa de los alumnos. Es el reproche de una pedagogía de la libertad a la pedagogía de los hábitos. Monseñor Brien después de señalar claramente que la generalización de este reproche es una calumnia manifiesta, intenta buscar las posibilidades de verdad en esta acusación.

La educación ha de ser una búsqueda de la libertad que tenga en cuenta sus aspiraciones, sus condiciones de vida y la manera ambiental de pensar. La imposición solamente conformará una capa superficial que no resistirá la prueba del tiempo. La Iglesia pide a los colegios católicos que formen personalidades adultas, con dominio de sí mismos y capacidad de comunicación y fuerza interior. Y como no siempre pueden dedicarse a élites, es más útil y más urgente encontrar métodos para despertar el juicio y la personalidad en personas no desarrolladas, lo cual es más difícil que lograr lo mismo en grupos privilegiados.

Monseñor Brien toca un problema concreto muy debatido en la situación española. Es el problema de la Misa diaria obligatoria. Los de-

fensores de la Misa obligatoria insisten en la falta de libertad del joven, todavía no formado para elegir lo más conveniente. Los que abogan por la Misa libre se basan en la necesidad de no forzar el acto religioso que podría ser de esta manera contraproducente. Monseñor Brien admite las dos objeciones; las dos son verdad. Por eso en un colegio, donde la orientación es de disciplina e imposición en su distribución, la Misa libre no tiene sentido y quita realmente la libertad espiritual. En cambio, en un colegio donde la orientación está dirigida por la libertad, la facultad de asistir a Misa estará acompañada de un uso de la libertad perfectamente orientado en otros aspectos de su vida colegial. Si el joven sabe escoger sus fines de acción y orientar la presión colectiva, estará capacitado para descubrir libremente su vida de fe, respuesta a la llamada de Dios por medio de una adhesión personal a Cristo.

—Por último, la tercera acusación exige una abertura de los colegios católicos en tres sentidos.

a) En la orientación de los estudios. No puede estar cada colegio cerrado en sí mismo. Tiene que haber continuidad de la escuela primaria, secundaria y universitaria como lo pide la educación del mundo de hoy.

b) Los colegios católicos tienen que estar abiertos a todas las clases sociales.

c) No pueden estar los colegios católicos cerrados a los alumnos menos dotados, de manera que queden sin ayuda y sin atención.

Es necesaria una reforma en este sentido.